

Ver la música en el cuerpo de Fernando es entender lo infinito del universo sonoro, es comprender la correspondencia entre el sonido y cada mínimo fragmento del cuerpo.

Érase una vez un músico que quería sumergirse en un universo en donde no había palabras, donde no había referentes, donde algo así como la metafísica se encargaba de la difícil traducción en sonidos del deseo del bailarín. Íctaro fue el primer encuentro, 45 minutos dentro del agua. Agua, música, cómo hacer música dentro del agua. Dolor, el dolor de no respirar. La instalación, momento sagrado e imprescindible dentro de la ritualidad que exigía la nueva experiencia. Pasar de sentir la música en fragmentos de unos cuantos minutos a una extensión inexistente, con relieves, afectaciones, contenciones y libertades. Fluir, que no pare, que sea constante, el agua fluye desde siempre y hasta siempre, al menos que alguien pueda estar ahí para demostrar lo contrario. Ascender, siempre en ascenso, doloroso, como si no fuera a llegar a la superficie. Todo es azul, la música es azul pero a la vez transparente, oscuridad. Me falta el aire, pero finalmente todos aprendemos a estar en la profundidad, todo cae, no hay fondo. Ahogo, todos intentando respirar a pesar de la abundancia de oxígeno... No entendí nada... me fui a casa pensando en el significado de esa marejada de conceptos... Metí mis únicos dos micrófonos en condones y los puse dentro de un gran recipiente lleno de agua; construí los sonidos que creí haber captado de aquella conversación; fueron 60 minutos de música que inexplicablemente resultaron exactos a lo que el bailarín esperaba. Ya hace veinte años y el momento del vacío entre el deseo del bailarín y la traducción en sonidos sigue presente, es el leitmotiv de toda la obra, de veinte años de música para el cuerpo de Fernando y de veinte años de música para el teatro de Fernando.

Descubrir una estética que reta a la razón, eso es hacer música para Fernando Zapata, la transposición de sonidos, la exploración de técnicas de grabación, de composición, construir para destruir, lenguajes sonoros impensables, afectaciones sonoras al oyente, solo con el fin de hacer de su papel de espectador un momento único, que siempre quiera repetir, o que jamás quiera volver a vivir.

El vacío, lo abstracto, lo concreto, lo inexistente, lo inaudible, lo ensordecedor, todo junto y a la vez disperso, todo traducido en música. Al lado de Fernando aprendí eso de la traducción, de hacer de la música para escena un personaje en el porcentaje adecuado, aprendí a hacer música a la medida del deseo del director; sus dramaturgias siempre han pedido una sonósfera tan sutil como imprescindible, su danza, tan fuerte como sutil, de movimientos tan rudos como imperceptibles, siempre han sido un reto creativo que se resuelve enigmáticamente en el estudio de grabación, momento justo en el que las musas que divagan y se divierten trayendo la agnosia permiten la floración de la quintaesencia de la música, música creada para una efímera eternidad, creada para decenas de performances puestos en cada rincón de la ciudad, para más de 22 obras de danzas o teatro, así es la música que ha creado Fernando a través de mis sonidos.

Desde grandes obras en las que él bailaba majestuoso en una tarima a 6 metros del piso como "Ómfala", hasta el minimalismo de "Vindú", pequeño duende de movimientos imperceptibles que durante 45 minutos cruzaba un espacio de 6 metros; la nostalgia de "Deliario", el caos dionisiaco de "Erotauria" que provocó alucinaciones en un espectador, la eudaimonía demencial de "la reina

tuerta”, las alucinaciones amorosas de “Amantina”, la soledad de “las tardes de manuela”, la provocación anárquica de “Hel Varius”, las calaveras del cementerio San Lorenzo en “El Refugio”, el pneuma que faltaba siembre en “La casa de la lagartija”, el sofoco en medio del mar de “Penélope”... o el hambre de “Gatillo”, son algunos de los conceptos por los que cómo compositor he debido navegar profundamente para llevar a la escena las sonóferas de las obras de Fernando. Siempre peleando las condiciones técnicas de las salas de teatro, en las que “se pierde más de la mitad de la composición”; siempre durmiéndome en los estrenos de las obras, de las de teatro, en las de danza muy pocas veces, pero no a causa del resultado en escena sino porque no he podido encontrar un mejor somnífero que una buena obra de teatro, a veces hasta las malas; siempre tomando extensas notas sobre los imaginarios de los actores; aprendiendo del estilo dramático de Fer, siempre esperando la próxima obra, y siempre, ante todo, logrando mirar la ciudad desde la profundidad de cada cloaca, conociendo el bestiario completo de semejante “tacita’e plata”, sintiendo el vaho de la dulzura de los seres que han habitado las noches de este albañal, de esos seres que pocos ciudadanos de bien han tenido el valor de aceparlos en sus superficiales ojeadas.

Siempre he considerado que nadie conoce mejor a Medellín que Fernando, él ha aceptado este remedo de ciudad con todo su subsuelo, con todas sus putas y sus travestis, con todos sus monstruos, con su prodigiosa indolencia, con su portentosa desmemoria, solo Fernando ha sido capaz de escuchar la poesía de la espelunca paisa y usarla como fiemo para sus dramaturgias, para sus composiciones danzarias llenas de Butoh, de asfalto, de esperpentos, solo él entiende por completo cómo suena esta ciudad.

Crear música bajo la batuta de Fernando Zapata ha sido la abstracción más plena que músico alguno pueda experimentar, un aprendizaje creativo que no se adquiere sino a su lado, toda una cátedra, toda una técnica aplicable a todas las esferas de la creación artística. Fernando es un movimiento artístico, es un concepto, es un camino para entender el arte. Conocer la obra de Fernando es descubrir las fibras de un territorio, Medellín, el centro, su territorio universal.

Vivir, danzar, morir. Vivir, escribir, actuar, morir. Baje suba pierna música baje brazo música pierna estorbo¹... Los eternos juegos de palabras, retruécanos, conmutaciones, parte fundamental en las obras de Zapata que terminaron siendo parte de muchos otros artistas. Su forma, su propuesta y estilo, que muchos otros han acogido y replicado, hace que el teatro, el performance, la danza y la vida misma tengan un sonido único, inédito, propio, una música que siempre está ahí, esperando a ser traducida para la obra de Fernando.

La obra completa de Fernando es ante todo música.

RENATO PAONE

¹ Bocetos para una locura. F.Z.A. 1995